

LA CUESTIÓN SOCIAL EN EL ESPEJO LITERARIO: PROLETARIADO URBANO Y NOVELA REALISTA ESPAÑOLA DEL XIX

RAFAEL SASTRE IBARRECHE
(Universidad de Salamanca)

1. INTRODUCCIÓN

Las reflexiones esbozadas a continuación pretenden simplemente sugerir un breve recorrido literario por algunas de las novelas españolas publicadas entre finales del siglo XIX y principios del XX que mejor reflejaron la *cuestión social* o *cuestión obrera*, eufemismo que, como es bien sabido, se extendió para sintetizar las pésimas condiciones de vida y la explotación laboral sufridas por el proletariado como consecuencia de la industrialización capitalista¹. Sobre la base de dos obras significativas y sin olvidar la existencia de algunos autores posteriores que, a partir de una perspectiva temporal más amplia, también eligieron como marco histórico de alguna de sus obras dicha época, se trataría, así, de utilizar la Literatura como medio de aproximación a los orígenes y desarrollo de los conflictos industriales y campesinos, al asociacionismo obrero, a las condiciones sociales y laborales en que se gestaron las normas del trabajo. Supondría, en suma, acercarnos a un momento histórico y político a través, no del tradicional y más científico recurso a las fuentes o testimonios documentales, sino valiéndonos de una vía alternativa llena de elementos sorprendentes: la de la ficción literaria encarnada en el género novelesco.

¹ “Las alarmantes proporciones que habría de adquirir en España la llamada *cuestión social* o *cuestión obrera* (el «problema de los problemas»), en realidad la dulcificada nomenclatura serviría para designar la explotación sistemática de las clases trabajadoras por obra de la utilización capitalista de la industrialización y el maquinismo, justificaron, desde luego, la intervención de los poderes públicos en las relaciones de trabajo asalariado”: M.C. PALOMEQUE LOPEZ, *Derecho del trabajo e ideología*, 6ª ed., Madrid, Tecnos, 2002, p. 50. *Vid.* una interesante y sintética exposición en J.Mª. PALOMARES IBÁÑEZ, «La condición obrera en la España de la Restauración», en AA.VV. (J.I. Palacio Morena, coord.), *La reforma social en España. En el centenario del Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, CES, 2004, pp. 71 y ss.

Como ya había adelantado A. MARVAUD a la altura de 1910², conviene recordar que, desde el punto de vista metodológico, los historiadores no han desdeñado el recurso a las fuentes literarias ni la perspectiva interdisciplinaria, aunque expresen lógicas cautelas ante esta inclusión de las obras artísticas entre las posibles fuentes de conocimiento histórico³. Sin embargo, la pretensión de estas páginas es, como puede deducirse de su propio título, bastante más modesta y restringida. Modesta, primero, porque se opta por postulados más descriptivos que especulativos, en una perspectiva que prescinde de mayores reflexiones de calado teórico, por ejemplo. Y restringida porque el ámbito material aparece, de antemano, notablemente limitado. En efecto, de lo que se trataría es de brindar al lector algunos reflejos del trabajo industrial y de la condición obrera en dos concretas novelas del Realismo español y, en particular, de su fase naturalista, con el telón de fondo que supuso la incipiente legislación obrera de carácter protector. Desde el punto de vista literario, se ha optado por limitar también el análisis a las novelas publicadas en aquel momento, lo que significa la adscripción de las obras seleccionadas a la estética realista por antonomasia, es decir, el Realismo decimonónico -y, más concretamente, al Naturalismo-, movimiento que, precisamente, hizo de la novela el género literario por excelencia. Ello también comporta una cierta coincidencia temporal entre hechos novelados y biografía del autor, una contemporaneidad que podría facilitar un conocimiento de primera mano, por parte de éste, de los problemas sociales reflejados en la obra. Evidentemente, casi está de más

² “La cuestión social se ha situado así en el primer plano de las preocupaciones del país (...) Se puede añadir además que ese problema está llenando la literatura contemporánea de nuestros vecinos (...) Lo que nos describen las novelas de Pereda y de Pardo Bazán es la miseria de los campesinos de Galicia, de los mineros y pescadores de la región de Santander; y son las costumbres a veces primitivas de los habitantes de la costa levantina -pequeños tenderos de Valencia, pescadores del Cabañal, marinos del Grau, campesinos de la Huerta- lo que se encuentra expuesto en las primeras novelas, a mi parecer las mejores, de Blasco Ibáñez: *Arroz y tartana*, *Flor de mayo*, *La barraca*, *Entre naranjos*, *Cañas y barro*, etc., mientras que en las obras de Fernán Caballero, de Estébanez Calderón, de Juan Valera, de Pedro de Alarcón, de Salvador Rueda, por citar solamente a los más conocidos, aparece Andalucía en pleno; y las provincias vascas en los cuentos de Trueba, así como Baroja, por fin, nos pasea por los bajos fondos madrileños. Tres libros de este último autor, *La Busca*, *Mala hierba* y *Aurora Roja*, llevan el título general de *La lucha por la vida* y constituyen, por sí solos, una vasta encuesta sociológica”: *La cuestión social en España*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975, pp. 60-61.

³ M. TUÑÓN DE LARA, *Metodología de la historia social de España*, 4ª ed., Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 31 y ss., donde advierte de que “no se trata de hacer explicaciones de textos ni tampoco interpretaciones arbitrarias. Hay que clasificar conforme a un sistema los temas de las novelas, relatos, cuentos, etc., la estimativa de esos mismos textos en relación a un repertorio de valores establecido, crear una tipología de protagonistas en función de las actitudes mentales ..., todo ello recordando la exigencia crítica que obliga a controlar severamente la posible subjetividad del autor” (*op. cit.*, p. 207). De modo similar, señala G. GÓMEZ-FERRER MORANT que, actualmente, “la literatura ha pasado a ser una fuente de gran valor para el conocimiento de la historia social”: «Literatura y sociedad: reflejos y actitudes sociales en el mundo de la Restauración», en AA.VV., *Homenaje a José Antonio Maravall*, tomo II, Madrid, CIS, 1985, p. 200.

advertir de que la mera proximidad cronológica no garantiza dicho conocimiento, impidiendo incluso, a veces, una perspectiva de conjunto de la época, objetivo al que se acercan escritores posteriores que han vuelto sobre ese pasado -Concha Espina, Julián Zugazagoitia, Ignacio Agustí, Eduardo Mendoza, Ramiro Pinilla, Juan Cobos Wilkins-, pero desde postulados estéticos ya distintos.

2. APROXIMACIONES A LA CUESTIÓN SOCIAL EN LA NOVELA ESPAÑOLA, EN PARTICULAR, DURANTE EL REALISMO DECIMONÓNICO

Evidentemente, no es este el lugar ni el momento para replantear un tópico tan manido pero tan complejo, a la vez, en la Teoría literaria y en la propia Filosofía como el de las interrelaciones entre la obra de ficción y la realidad⁴. Sobre los planteamientos considerados clásicos, en que la Literatura aparece ya como mimesis o representación verosímil⁵, la aspiración a la verosimilitud alimentará, en gran medida, el Realismo del XIX como movimiento artístico volcado en “la descripción de la realidad contemporánea, inmersa en la objetividad dinámica de la historia”⁶. Más precisamente, se ha apuntado que “la cuestión del Realismo no radica sólo en la presencia de algún reflejo de lo real en la obra de arte, sino que depende del grado de atención y del papel que se le otorga a la realidad. Surge pues la orientación realista, como fenómeno de

⁴ Por todos, *vid.* E. AUERBACH, *Mimesis: la realidad en la literatura*, México, FCE, 1950. Como observa F. CAUDET ROCA, la vinculación entre el tiempo de escritura de la novela y el referente socio-histórico se produce desde una subjetividad que contempla, estudia y analiza este referente, filtrándolo de modo imaginario. Así, la novela realista nunca es la topía real, la realidad misma, sino una transposición o topía literaria, que persigue esclarecer aquélla, iluminarla, hacerla comprensible: «Introducción» a V. BLASCO IBÁÑEZ, *La bodega*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 82-83.

⁵ Tanto en Platón como en Aristóteles, la obra artística es una imitación, pero no como algo fotográfico, sino verosímil. Es un realismo que generaliza, pero siempre controlado por la verosimilitud o necesidad racional, en suma, lo que Horacio expresó en su conocida formulación: “Ut pictura poesis”. Se ha señalado, así, que “tradicionalmente, el arte occidental desde Grecia se sintió globalmente realista, es decir, dominado y animado por el principio de la *mimesis*, de la ficción imitativa de la realidad. El arte, pintura y literatura, no se soñó nunca como alternativa pura de la realidad objetiva, sino como su *réplica* o representación. El arte mimético es por tanto una *ficción* de la realidad objetiva, que conforma y acota un *mundo*, el de la representación artística, el cual funciona respecto a la realidad como un modelo; esto es, como una alternativa experimental”: A. GARCÍA BERRIO y T. HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, *Ut poesis, pintura. Poética del arte visual*, Madrid, Tecnos, 1988, pp. 116-117. Para una reinterpretación actual de la tesis del platonismo invertido, desde Nietzsche a Deleuze, *cfr.* J.L. PARDO TORÍO, *Esto no es música (Introducción al malestar en la cultura de masas)*, Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 2007, en particular, los capítulos 4, 13 y 16.

⁶ En la formulación de E. AUERBACH, cit. por R. WELLEK, «El concepto de realismo en la investigación literaria», en AA.VV., *Historia literaria. Problemas y conceptos*, Barcelona, Laia, 1983, p. 205.

época, con la conciencia colectiva de que la realidad *por sí sola* (es decir, no sometida a un proceso de idealización) merece ser objeto de arte”⁷.

De forma cristalina lo expondría Benito Pérez Galdós en su discurso de ingreso a la Real Academia Española, leído en 1897 y significativamente titulado «La sociedad presente como materia novelable»: “Imagen de la vida es la novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de la raza, y las viviendas, que son el signo de familia, la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción”⁸.

Como es sabido, en la historia de la Literatura española, el Realismo será objeto de una recepción tardía, en comparación con otros países europeos: la novela realista es un género típicamente burgués cuyos presupuestos políticos, en España, hallan su punto de partida en la Revolución de 1868, constituyendo una fecha clave la de 1870, momento en que se publica *La Fontana de oro*, de Galdós. De esta manera, no podría hablarse de una etapa de plenitud sino hasta 1875-1880, con una fase de predominio del Naturalismo que se situaría en la década de 1880 a 1890 y a la que ya sucedería, con posterioridad, un Realismo espiritualista y el Modernismo. No existe un acuerdo en la crítica en torno a la naturaleza del Naturalismo, si bien la opinión predominante es aquella que lo considera como una fase más dentro del Realismo. Aceptado esto, conviene indicar que la fe en la Ciencia y el recurso al método experimental -esto es, la explicación de los comportamientos humanos como fruto de la interacción de fuerzas tales como la herencia y el medio- van a marcar una nueva postura ideológica. En efecto, mientras que el Realismo *sensu stricto* enfrenta al individuo problemático con la sociedad, el Naturalismo, en cambio, determinista para la esfera individual, cree en la capacidad colectiva para el cambio, de manera que se trata del primer gran movimiento moderno que no parte de presupuestos individualistas, que sitúa al individuo no como agonista de la realidad colectiva, sino como un mero miembro de un espacio global, y que incluso lo supone determinado por ese medio. Este decidido vuelco ideológico tiene

⁷ Y. LISSORGUES, «El Realismo. Arte y literatura, propuestas técnicas y estímulos ideológicos», en AA.VV. (V. García de la Concha, dir.), *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX* (II), Madrid, Espasa, 1998, p. 3.

⁸ *Vid.* un breve comentario en F. CAUDET ROCA, «Introducción» a *Fortunata y Jacinta*, 6ª ed., Madrid, Cátedra, 2000, pp. 18 y ss.

evidente conexión con la presión cada vez mayor del proletariado urbano y del movimiento obrero. La aparición del grupo como protagonista introduce la tentación del simbolismo social, con el que se traiciona la estética realista: así, por ejemplo, en *Germinal* (1885), de Émile Zola, la mina se erige en el símbolo del monstruo que devora las vidas humanas.

El fenómeno de la industrialización -muy limitado regionalmente, eso sí-, generará durante la Restauración y el tránsito de siglo una problemática antes desconocida en España, tanto desde el punto de vista jurídico como desde el socio-económico. Escenario histórico atractivo en el desarrollo de no pocas novelas, una panorámica general ampliada también a obras y autores posteriores nos proporciona ciertas pistas sobre los principales temas frecuentados por relevantes escritores españoles de la época y hasta la actualidad, si bien sólo en casos muy concretos podríamos hablar de auténticas novelas sociales⁹. Carece, quizás, la novelística española de una figura emblemática que elevara este nuevo fenómeno a eje central de obras señaladas, como sí ocurrió en Inglaterra con Benjamin Disraeli y *Sybil or the Two Nations* (1845), Charles Dickens y *Hard Times* (1854) o en Francia, con Émile Zola -sobre los precedentes de Hugo y Balzac- y *Germinal* o *Travail* (1901), pero ello no significa, ni mucho menos, que pasara desapercibido para muy relevantes escritores.

En efecto, según se comprobará inmediatamente, la descripción de las condiciones de vida y subsistencia de las clases más desfavorecidas se eleva a un primer plano en obras como *La Tribuna*, de Pardo Bazán, en las distintas novelas sociales y en parte de las del ciclo valenciano, de Blasco Ibáñez, o en *La busca*, de Baroja. De modo particular, el tema de la vivienda encuentra acomodo en dichos textos y, asimismo, en manifestaciones singulares de la novelística galdosiana, como es el caso de *Fortunata y Jacinta*.

⁹ Restringidamente, considera F. ÁLAMO FELICES que “una novela se caracterizaría como social (socialista) en tanto muestre la injusticia, la explotación o la alienación de una clase social (el proletariado) con respecto a la que detenta el poder político, económico, -ideológico en su totalidad-, junto con los medios de producción (las clases dominantes), o bien desenmascarar el proceder de su amor al (sic) en las relaciones intra o extraclasis de la burguesía, no como muestra o fresco aséptico de las tensiones sociales, sino como análisis dialéctico de estas relaciones, de sus contradicciones, con la intencionalidad de que brote la censura, la denuncia y la toma de conciencia en el lector”: *La novela social española. Conformación ideológica, teoría y crítica*, Almería, Publicaciones de la Universidad, 1996, p. 206. Con criterio algo más amplio, para P. GIL CASADO, “una novela es social únicamente cuando señala la injusticia, la desigualdad o el anquilosamiento que existen en la sociedad y, con propósito de crítica, muestra cómo se manifiestan en la realidad, en un sector o en la totalidad de la vida nacional”: *La novela social española (1920-1971)*, 2ª ed., Barcelona, Seix Barral, 1975, p. 19.

Y, desde luego, la pobreza y la miseria constituyen el marco esencial en que transcurre la acción de las obras barojianas en *La lucha por la vida* -especialmente, en *La busca* y en *Mala hierba*- o de *La horda*, de Blasco Ibáñez, recorridas por abundantes personajes pertenecientes al lumpenproletariado madrileño, retratos de una mendicidad que Galdós elevaría a protagonista absoluta en *Misericordia*. Singularmente, el fenómeno de la inmigración ocupa un lugar importante en diversas obras, como *La busca*, *El intruso*, de Blasco Ibáñez o *El metal de los muertos*, de Concha Espina, siendo retomado por novelas actuales que han recreado la época de la primera industrialización en España. Así, la trilogía *Verdes valles, colinas rojas*, de Ramiro Pinilla o *El corazón de la tierra*, de Juan Cobos Wilkins.

Naturalmente, el trabajo asalariado, la actividad laboral por cuenta ajena, en sus diferentes modalidades, se halla presente, en distinto grado, en un buen número de obras novelescas del periodo. El caso del trabajo industrial, en la fábrica, llena las páginas de *La Tribuna* o de *El intruso*, así como de *Verdes valles, colinas rojas*; la mina es, igualmente, protagonista en esta última novela, pero también, por supuesto, en *El intruso*, en *El metal de los muertos* y en *El corazón de la tierra*, sin olvidar su presencia en páginas de *Marianela*, de Pérez Galdós, de *La Regenta*, de Leopoldo Alas y de *La espuma*, de Palacio Valdés. A su vez, el trabajo en el mar es reflejado por el propio Palacio Valdés en *José*, por Blasco Ibáñez en *Flor de Mayo* y por Pereda en *Sotileza*, mientras que el trabajo en el campo adquiere un especial protagonismo en *La barraca* y en *La bodega*, ambas del escritor valenciano. El trabajo artesanal, sin duda, es objeto de excelentes descripciones en las novelas de Baroja, particularmente en *La busca* o en *Aurora roja*, siendo Pérez Galdós quien, quizás, mejor se acerque al trabajo doméstico a través de *Misericordia* y de *Fortunata y Jacinta*. Descripciones del trabajo en la oficina, por último, cuentan con adecuados exponentes en el propio Galdós -*Miau*- y en Barea -*La forja de un rebelde*.

De las condiciones laborales de mujeres y niños, particularmente, el denominado trabajo de las medias fuerzas, se brindan apuntes más o menos detallados en varias obras de la época - *La Tribuna*, *La espuma* o *Marianela*- y contemporáneas -*Verdes valles, colinas rojas* y *El corazón de la tierra*.

Fenómeno interesante es el de la rebeldía ante el industrialismo, uno de los temas centrales de *La aldea perdida*, de Palacio Valdés, y de *Paz en la guerra*, de Unamuno, que posteriormente retomarán obras de nuestro tiempo como las ya mencionadas *El corazón de la tierra* o *Verdes valles, colinas rojas*, obra ésta que

profundiza en el nacimiento de los nacionalismos románticos y del regionalismo, con su carga de mito y anti-obrerismo. La añoranza de un mundo y de un tiempo perdidos constituye, también, el telón de fondo de *Peñas arriba*, de Pereda.

En sus distintas facetas, un acercamiento al movimiento obrero puede encontrarse en *Aurora roja*, en *Siete domingos rojos*, de Sender o, más recientemente, en *La verdad sobre el caso Savolta*, de Mendoza, obras que presentan especial atención al anarquismo, mientras que el movimiento socialista se hace más presente en *El intruso*, *La forja de un rebelde* o *Verdes valles, colinas rojas*. De cualquier forma, si en casi todas estas novelas se reseñan también huelgas y conflictos, mayor presencia poseen en *La Tribuna*, *La bodega* y *El metal de los muertos*, por ejemplo, así como en *El asalto*, de Zugazagoitia.

Paralelamente, la burguesía industrial es retratada someramente en *La Regenta* por Clarín y con detalle en la obra de Ignacio Agustí, en particular, en *Mariona Rebull*, dentro de la trilogía *La ceniza fue árbol*. También, en *La espuma* y en *Marianela* y, por supuesto, en *Verdes valles, colinas rojas*. Con el telón de fondo del terrorismo patronal, Mendoza trazaría, igualmente, una aguda descripción de la misma en *La verdad sobre el caso Savolta*. La burguesía rural aparece, sobre todo, en *La bodega*, de Blasco Ibáñez, así como en *Verdes valles, colinas rojas*, de Ramiro Pinilla. En varias de las obras analizadas se observa, como denominador común, un acercamiento de ciertos profesionales liberales al proletariado. Por lo común, se trata de médicos cuya toma de conciencia les ha llevado a ayudar y a trabajar con las clases más desfavorecidas. La simpatía con que los respectivos autores han mirado a estos personajes se hace visible en obras como *Marianela*, *El intruso*, *La espuma* o *El corazón de la tierra*. Ha de indicarse, por el contrario, que no son pocos los retratos de profesionales del Derecho marcados por una visión más bien negativa, en franco contraste con los anteriores.

Pues bien, seguidamente se analizan, con más detalle, dos obras cuyo argumento central es el trabajo industrial y el proletariado urbano, adscritas ambas a la estética naturalista: *La Tribuna*, de Pardo Bazán, y *El intruso*, de Blasco Ibáñez. Quede apuntada, entonces, la imposibilidad de abordar, por razones de espacio, otras obras de autores tan significativos como Pérez Galdós, Palacio Valdés o Baroja y que, en mayor o menor medida, también se acercaron a la problemática de la cuestión social¹⁰.

¹⁰ En el caso de Galdós, más a través de su compromiso político y de sus escritos de no ficción que de la producción novelesca, en general: diputado por el partido liberal en 1886, fue luego diputado

3. LA TRIBUNA Y LA CONDICIÓN OBRERA SEGÚN PARDO BAZÁN

Como ahora se dirá, antes que una novela social, *La Tribuna* (1883) es una novela de protagonismo obrero, por más que se trate de una novela social frustrada, al preocuparse “más por el relato de los personajes que por el conflicto producido por el enfrentamiento de la pobreza injusta y la riqueza inmerecida”¹¹. Utiliza casi todos los materiales necesarios para una novela social pero falta lo esencial: transmutar la acción colectiva y poner a la colectividad en primer plano. En todo caso, *La Tribuna* es también la primera de la serie de novelas naturalistas escritas por Emilia Pardo Bazán (1851-1921) y donde la influencia de Zola se presenta, tanto en la forma de expresión - procedimientos narrativos, acumulación descriptiva, reiteración de datos físicos- como en el contenido, con secuencias desnudas, atrevidas y situaciones límite¹².

La Tribuna aparece como una de las primeras novelas españolas relevantes cuya protagonista es una obrera urbana industrial. Más aún: la singular significación del libro radica en tratarse de la “primera novela española de protagonismo obrero” y, además,

republicano en 1907 y presidió, en 1910, la conjunción republicano-socialista al lado de Pablo Iglesias, el fundador del PSOE y de la UGT. De cualquier forma, su lucidez queda reflejada en estas líneas dedicadas al problema del desempleo en Madrid que, por su actualidad, me permito reproducir: “Nada más triste que esas multitudes que se agolpan a las puertas de un establecimiento de caridad en busca de mezquino socorro, y cuando esas multitudes se componen de hombres sanos, robustos, hábiles y nada perezosos, no se sabe qué pensar de la organización del trabajo en nuestras Sociedades. El gran problema social que, según todos los síntomas, va a ser la batalla del siglo próximo, se anuncia en las postrimerías del actual, con chispazos, a cuya claridad se alcanza a ver la gravedad que entraña. Los mismos perfeccionamientos de la industria lo hacen cada día más pavoroso, y la competencia formidable, trayendo inverosímiles baraturas, y fundando el éxito de ciertos talleres sobre las ruinas de otros, produce desastres económicos que van a refluir siempre sobre los infelices asalariados. En estas catástrofes, el capital suele salvarse alguna vez, el obrero sucumbe casi siempre”: «La cuestión social» (17 de febrero de 1885), cit. por F. CAUDET ROCA, «Introducción» a *Fortunata y Jacinta*, cit., p. 46.

¹¹ G. GULLÓN, *La novela moderna en España (1885-1902)*, Madrid, Taurus, 1992. De modo aún más crítico, P. GIL CASADO menciona a *La Tribuna* como precedente de la auténtica literatura social más por su temática que por su plasmación y alude a la condición aristocrática de la escritora como razón de la perspectiva conformista que adopta ante la injusticia social descrita: *La novela social española (1920-1971)*, cit., pp. 78-79.

No obstante, para J. SÁNCHEZ REBOREDO, “hay que reconocer que, con todas estas limitaciones, la Pardo Bazán tiene el mérito de haberse ocupado de la clase obrera en un momento en que, como tal clase, sólo aparecía en el folletín, por entonces uno de los mayores difusores de la ideología revolucionaria”: «Emilia Pardo Bazán y la realidad obrera. Notas sobre *La Tribuna*», *Cuadernos Hispanoamericanos* nº 351, 1979, p. 571.

¹² B. VARELA JÁCOME, «Introducción» a E. PARDO BAZÁN, *La Tribuna*, 6ª ed., Madrid, Cátedra, 1986, p. 22. *Vid.* una síntesis crítica acerca de esta influencia zolesca y de los paralelismos con *L'Assomoir*, en AA.VV. (V. García de la Concha, dir.), *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX* (II), Madrid, Espasa, 1998, p. 664.

Para un planteamiento más escéptico en torno al naturalismo de Pardo Bazán, *cfr.* los trabajos mencionados por Y. LISSORGUES, «El naturalismo y la novela», en AA.VV. (F. Rico, dir.), *Historia y crítica de la Literatura española*, tomo 5, Barcelona, Crítica, 1994, pp. 253-254.

femenino¹³. En efecto, el título de la obra es el sobrenombre que las compañeras de la fábrica de tabaco de la Granera darán a Amparo, la heroína de la novela, activa defensora de los derechos laborales en medio de un ambiente empresarial opresivo y de un momento histórico-político especialmente convulso, cual fue el de la Revolución de septiembre de 1868 y la posterior proclamación de la I República (1868-1873), el llamado “sexenio revolucionario”. Es cierto que la novela presenta una indudable influencia del folletín, visible en la yuxtaposición de temas -amoroso y social- narrados, pero es la problemática social la que aquí debe subrayarse de modo específico.

Recuérdese que en el periodo histórico considerado aún no se han promulgado las primeras leyes proteccionistas de fábrica, cuya primera manifestación será, precisamente, la llamada Ley Benot, de 24 de julio de 1873¹⁴, lo cual no significa que el Estado no hubiera tomado partido con anterioridad, prohibiendo, por ejemplo, las asociaciones obreras y sus principales actividades en los Códigos penales de 1848 y 1850. Pero, tras aprobarse el derecho de reunión pacífica en el Decreto-ley de 1 de noviembre de 1868, el derecho de asociación, en particular, será reconocido por medio del Decreto-ley de 20 de noviembre de 1868 y constitucionalizado por la Constitución de 5 de junio de 1869, en sus arts. 17 y 19, abriendo un paréntesis de cierta tolerancia, cuyo alcance habría que relativizar, no obstante, a la vista de la redacción del Código penal de 1870 en materia de asociaciones ilícitas y coligaciones -arts. 198 a 201 y 556, respectivamente- y, sobre todo, de las distintas Circulares ministeriales ordenando una interpretación restrictiva de aquel derecho¹⁵. Tras la celebración del I Congreso obrero español en Barcelona, en 1870, el predominio anarquista dentro del movimiento obrero se hará más patente, se sucederán diversas huelgas y serán disueltas algunas organizaciones al amparo de una jurisprudencia del Tribunal Supremo no excesivamente conocida¹⁶.

Localizada en un ambiente urbano -Marineda, nombre imaginario, es el trasunto de La Coruña, cuya descripción se completaría en 1891, con *La piedra angular*-, hay en la novela, en primer término, una descripción de tallada de las condiciones de vida de la

¹³ B. VARELA JÁCOME, *op. cit.*, p. 48.

¹⁴ Aunque en el sexenio se presentaron diversas proposiciones parlamentarias dirigidas, principalmente, a crear un organismo que recabara información sobre la cuestión social, iniciativas que se materializarían años más tarde, como ya se indicó, con la creación de la Comisión de Reformas Sociales en diciembre de 1883. *Vid.*, al respecto, M.R. ALARCÓN CARACUEL, *El derecho de asociación obrera en España (1839-1900)*, Madrid, Ed. de la Revista de Trabajo, 1975, pp. 210 y ss.

¹⁵ *Cfr.*, detalladamente, M.R. ALARCÓN CARACUEL, *op. cit.*, pp. 129 y ss.

¹⁶ *Vid.* L.E. DE LA VILLA GIL, *La formación histórica del Derecho Español del Trabajo*, Granada, Comares, 2003, p. 71. Sobre los avatares del movimiento sindical en este periodo, *cfr.* el exhaustivo análisis de M. TUÑÓN DE LARA, *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus, 1972, pp. 167 y ss.

clase obrera, encarnada en la familia de la protagonista, con referencias particulares en materia de vivienda, indumentaria, aseo o alimentación dentro de los capítulos I, II, XXX, en especial. Así ocurre con las imágenes del hogar familiar -capítulo II-, cuya cocina, “oscura y angosta, parecía una espelunca”; el pequeño patio se muestra lleno de escombros y de objetos desechados o la alcoba matrimonial revela el desorden y la penuria de su ajuar; “en resumen: la historia de la pobreza y de la incuria narrada en prosa por una multitud de objetos feos”. El barrio al que, más tarde, se trasladará Amparo, en la parte sur, está habitado por gente pobre, abundando las cigarreras, pescadores y vendedoras de pescado o *pescantinas*, que prefiere vivir, en la medida de lo posible, al aire libre, dada la angostura de las casas, cuyas ventanas eran “agujeros por donde respiraban trabajosamente los ahogados edificios”: “Vivía el barrio entero en la calle, por poco que el tiempo estuviese apacible y la temperatura benigna -leemos en el capítulo XXX. Ventanas y puertas se abrían de par en par, como diciendo que donde no hay no importa que entren ladrones (...) Todas las excrescencias de la vida, los prosaicos menesteres que en los barrios opulentos se cumplen a sombra de tejado, salían allí a luz y a vistas del público. Pañales pobres se secaban en las cancillas de las puertas; la cuna del recién nacido, colocada en el umbral, se exhibía tan sin reparo como las enaguas de la madre”. Como se ha destacado, los escritores realistas y naturalistas van a descubrir las múltiples posibilidades de exploración de la ciudad, desde el hábitat físico hasta la interacción con el mundo rural circundante, pasando por el espacio y la dinámica sociales, los grupos primarios y secundarios, el proceso económico y la patología urbana¹⁷. En *La Tribuna* se hace patente, además, la separación geográfica de las clases sociales que F. ENGELS había constatado en 1844, en Manchester,

¹⁷ B. VARELA JÁCOME, *op. cit.*, pp. 40 y ss., identificando la morfología urbana de Marineda con la realidad topográfica de La Coruña de finales del siglo XIX.

calificándolo como diseño hipócrita¹⁸, la continua dialéctica entre los espacios urbanos del centro y los espacios urbanos de la periferia que reflejarían también Zola y Galdós¹⁹.

La necesidad de subsistencia llevará a Amparo a solicitar el ingreso en la fábrica de tabaco donde su madre había trabajado hasta caer enferma: incapaz de valerse por sí misma, ni el real diario que cobraba del *fondo de hermandad* de la fábrica ni el trabajo del padre como barquillero alcanzaban para mantener a la familia. Lo conseguirá después de una serie de recomendaciones. Debe subrayarse también la dureza del trabajo artesanal del padre y la ayuda prestada por Amparo, aún niña, antes de comenzar a trabajar como cigarrera (capítulo I). Pero es la descripción del trabajo en la fábrica la que resulta de especial interés, dentro de la obra, para conocer las condiciones laborales de la época. Debe adelantarse que, en la línea de los postulados realistas y naturalistas, Pardo Bazán había llevado a cabo una importante tarea de observación y documentación previa a la escritura de la novela, cuyo especial significado radica en su carácter de “documento testimonial” que incluye “una interpretación audaz de la efervescencia de las ideas de la revolución de 1868”²⁰. Pues bien, las distintas ocupaciones dentro de la fábrica de tabaco encuentran un adecuado reflejo en los capítulos VI, IX y XXI, principalmente. La técnica de elaboración manual de los cigarros, tarea exclusiva de las mujeres, aparece descrita con minuciosidad y en sus distintas fases en el capítulo VI, donde, además, se anuncia el nacimiento de un vínculo de solidaridad obrera: “Pero no tardó en encariñarse con la fábrica, en sentir ese orgullo y apego inexplicables que infunden la colectividad y la asociación: la fraternidad del trabajo”. Ello no es óbice para que se aprecie una fractura entre las obreras urbanas y las obreras rurales en la

¹⁸ “La ciudad está construida de modo que puede vivirse en ella durante años y años, y pasearse diariamente de un extremo al otro, sin encontrarse con un barrio obrero o tener contacto con obreros, hasta tanto uno no vaya de paseo o por sus propios negocios. Esto sucede principalmente por el hecho de que, sea por tácito acuerdo, sea con intención consciente y manifiesta, los barrios habitados por la clase obrera están netamente separados de los de la clase media (...) Sé bien que esta hipócrita manera de construcción es más o menos común a todas las grandes ciudades”: F. ENGELS, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Gijón, Ediciones Júcar, 1980, pp. 64 y 66.

Comentando esta descripción, se refiere J.L. PARDO TORÍO a “la curiosa invisibilidad de la clase trabajadora”: *Esto no es música (Introducción al malestar en la cultura de masas)*, cit., pp. 173-74. Para una reflexión sobre la perspectiva anarquista del problema urbano cfr. L. LITVAK *La mirada roja: estética y arte del anarquismo español (1880-1913)*, Barcelona, Ed. del Serbal, 1988, pp. 37 y ss.

¹⁹ F. CAUDET ROCA, *El parto de la modernidad: la novela española en los siglos XIX y XX*, Madrid, Ed. de la Torre, 2002, p. 61.

²⁰ B. VARELA JÁCOME, *op. cit.*, pp. 48-49, donde precisa que “la novela surge de la intervención de las cigarreras en una revuelta pública, de la contemplación directa de su desfile por la Palloza, de la observación minuciosa de su trabajo. Doña Emilia acude durante varios meses a la fábrica de tabacos de La Coruña. Los primeros días no es bien recibida, debido a la hostilidad de las obreras hacia las señoritas; pero la idea de llevar a su hijo Jaime suaviza los primeros recibimientos; puede contemplar con cierta facilidad sus actitudes, las faenas de elaboración de puros y cigarrillos; escucha conversaciones, anota frases típicas, expresiones del *argot*”.

propia fábrica -capítulo XIII-, caracterizadas éstas como reaccionarias, escépticas y fatalistas, para nada partidarias de las ideas federalistas que Amparo había asumido como propias y que se encargaba de difundir a través de la lectura en voz alta de la prensa. Son, precisamente, las ideas del federalismo progresista las que van a servir como instrumento aglutinador de las cigarreras: “De la colectividad fabril nació la confraternidad política; a las cigarreras se les abrió el horizonte republicano de varios modos: por medio de la propaganda oral, a la sazón tan activa, y también, muy principalmente, de los periódicos que pululaban. Hubo en cada taller una o dos lectoras; les abonaban sus compañeros el tiempo perdido, y adelante” (capítulo IX)²¹.

Sin embargo, la dureza de las condiciones de trabajo no tardará en manifestarse, en especial durante la época veraniega: “En el curso de las horas de sol, sin embargo, decaía la conversación, y entre tanto la atmósfera se cargaba de asfixiantes vapores y se espesaba hasta parecer que podía cortarse con cuchillo. Penetrantes efluvios de nicotina subían de los serones llenos de seca y prensada hoja. Las manos se movían a impulsos de la necesidad, liando tagarninas, pero los cerebros rehuían el trabajo abrumador del pensamiento; a veces una cabeza caía inerte sobre la tabla de liar, y una mujer, rendida de calor, se quedaba sepultada en sueño profundo” (capítulo IX). Es, con todo, en el capítulo XXI, donde se aborda la descripción de las tareas especialmente arduas, las que se realizan en los talleres de desvenado y de picadura, situados en el piso inferior de la fábrica y asimilados al infierno. En el primero de ellos, sombrío como una cripta sepulcral y en una atmósfera “a la vez espesa y glacial”, son también mujeres, aunque ahora mayoritariamente viejas, las que trabajan, unas “hundidas hasta la cintura en montones de hoja de tabaco, que revolvían con sus manos trémulas, separando la vena de la hoja”, otras empujando “enormes panes de prensado, del tamaño y forma de una rueda de molino, arrimándolos a la pared para que esperasen el turno de ser escogidos y desvenados”. En el taller de picadura, en cambio, los trabajadores son varones. Descrito como “una habitación caleada, pero negruzca ya por todas partes, y donde apenas se filtraba luz al través de los vidrios sucios de alta ventana”, los obreros se encuentran rodeados por el tabaco: “Cada dos hombres tenían ante sí una mesa o tablero, y mientras el uno, saltando con rapidez, subía y bajaba la cuchilla picando la hoja, el otro, con los brazos enterrados en el tabaco, lo revolvía para que el ya picado fuese deslizándose y quedase sólo en la mesa el entero, operación que requería gran agilidad y tino, porque

²¹ La descripción de la prensa política ocupa un lugar especial en los capítulos IX y X, con referencias concretas a destacados personajes del momento, como Castelar, Olózaga o Serrano.

era fácil que, al caer la cuchilla, segase los dedos o la mano que encontrara a su alcance. Como se trabajaba a destajo, los picadores no se daban punto de reposo: corría el sudor de todos los poros de su miserable cuerpo, y la ligereza del traje y violencia de las actitudes patentizaban la delgadez de sus miembros, el hundimiento del jadeante esternón, la pobreza de las garrosas canillas, el térreo color de las consumidas carnes”²².

Episodio significativo es el descrito en el capítulo XXIX, donde una trabajadora es despedida de la fábrica por robar tabaco. Melodramáticamente, la cigarrera es presentada, además, como una mujer maltratada por su marido, pero el episodio resulta también de interés por varios motivos adicionales. En primer lugar, para relatar los humillantes registros a que eran sometidos las trabajadoras por parte de las encargadas: “Acercábanse las operarias como abochornadas, y alzaban de prisa sus ropas, empeñándose en que se viese que no había gatuperio ni contrabando... Y las manos de las maestras palpaban y recorrían con inusitada severidad la cintura, el sobaco, el seno, y sus dedos rígidos, endurecidos por la sospecha, penetraban en las faltriqueras, separaban los pliegues de las sayas”. En segundo lugar, para volver a mostrar la solidaridad entre las trabajadoras, que llevan a cabo una colecta espontánea a favor de la despedida. Por último, porque se asiste al progresivo descontento y malestar de la plantilla contra la dirección y, en último término, contra el Gobierno -la fábrica es de titularidad estatal-, circunstancias decisivas para el estallido del conflicto al final del libro. En efecto, aparte de la mala calidad de los suministros o consignas de tabaco, el Estado se retrasaba en el pago de los salarios: “En vano algunas maestras intentaron calmar el oleaje, prometiendo para el entrante mes, nuevas consignas: seguían las turbulencias, porque aquel Gobierno maldito, no contento con enviarles hoja de desperdicio, para más, daba en la flor de no pagarles. Pasaban días y días sin que la cobranza se abriese, y las pobres mujeres, tímidamente al principio, después en voz alta y angustiosa, preguntaban a las maestras: «Y luego, ¿cuándo nos darán los cuartos?»”.

Así, resulta clave el capítulo XXXIV. A punto de producirse la abdicación de Amadeo I en febrero de 1873, durante ese invierno se lleva a cabo una concentración y una amenaza de huelga en la fábrica debido al impago de los salarios correspondientes a

²² Recalca B. VARELA JÁCOME la idea de que, por primera vez dentro de la novelística española, la autora “explora con densidad un mundo laboral”, intensificando las visiones de la fábrica “con una serie de signos secundarios negativos, referentes a las condiciones de trabajo y signos caracterizadores positivos sobre la habilidad de las cigarreras”: *op. cit.*, p. 49. *Vid.*, en el mismo sentido, V. FUENTES, «La aparición del proletariado en la novelística española: sobre *La Tribuna* de Emilia Pardo Bazán», *Grial* nº 31, 1971, p. 91.

los dos últimos meses. Se ha producido un cambio en Amparo, en parte ocasionado por su peripecia personal: “En sus labios, la república federal no fue tan sólo la mejor forma de gobierno, época ideal de libertad, paz y fraternidad humana, sino período de vindicta, plazo señalado por la justicia del cielo, reivindicación largo tiempo esperada por el pueblo oprimido, vejado, trasquilado como mansa oveja. Un aura socialista palpitó en sus palabras que estremecieron la fábrica toda, máxime cuando el desconcierto de la Hacienda dio lugar a que se retrasase nuevamente la paga en aquella dependencia del Estado”. El discurso reivindicativo de Amparo, sin embargo, huye de la violencia y no está exento de connotaciones religiosas: “¿Hizo Dios dos castas de hombres, por si acaso, una de pobres y otra de ricos? ¿Hizo a unos para que se paseasen, durmiesen, anduviesen majos y hartos, y contentos, y a otros para sudar siempre y arrimar el hombro a todas las labores, y morir como perros sin que nadie se acuerde de que vinieron al mundo? ¿Qué justicia es ésta, retepelo?” Pero la protesta parece fracasar de modo un tanto humillante para las trabajadoras, que huirán, primero ante los pocos soldados de guardia de la fábrica, después ante la presencia de fuerzas del ejército y de la Guardia Civil, en clara muestra de la represión armada de cualquier tipo de conflicto colectivo en aquel momento. No obstante, la actitud demostrada por las obreras, unida a las tensiones políticas, harán posible el cobro de la totalidad de los salarios adeudados al día siguiente.

Es cierto que, de la obra emana una cierta actitud paternalista de la autora respecto de la clase obrera que representan las cigarreras, a veces un tanto ridiculizadas en ciertos comportamientos. Se ha llegado a hablar, así, de un distanciamiento no solidario frente al mundo descrito, adoptando más bien la actitud de un folclorista, de tal forma que, ante la precariedad de las condiciones laborales que se retratan, parece advertirse una preferencia por las ventajas del trabajo tradicional -campo, mar- y artesanal -encajes, barquillos-, así como una admisión de la fatalidad irremediable de la injusticia y la desigualdad, como mostraría el discurso de Amparo en el capítulo XXXIV. Indicativo de esta actitud resulta que, en el prólogo, la propia Pardo Bazán llegue a admitir la presencia de un doble mensaje en esta novela: el absurdo de la fe puesta por el pueblo en reformas políticas y el buen fondo de la clase obrera española²³.

²³ AA.VV. (V. García de la Concha, dir.), *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX* (II), Madrid, Espasa Calpe, 1998, p. 664: “Curándose en salud, se defiende contra posibles críticas y sostiene que sus conclusiones se han desprendido naturalmente de los hechos mismos. Sería ingenuo suponer que los hechos se interpretan por sí mismos, pero conviene señalar que la tesis esencial de doña Emilia es que

Por otro lado, se ha achacado a la autora la omisión de algunos datos y la falta de mayor precisión sobre determinados extremos. Así, la preferencia de las obreras por la República Federal, la degradación de los dirigentes del partido federal o la profundización en el conflicto entre capital y trabajo, que sólo es mostrado de una manera tímida y con sordina²⁴. Falta, también, cualquier referencia al asociacionismo sindical, mientras que los aspectos políticos se muestran con profusión. Quizás esta circunstancia pueda explicarse a partir de la tardía y relativa tolerancia de las asociaciones obreras, como ya se señaló líneas atrás. De todas formas, *La Tribuna* va a significar un hito en la recepción literaria de una temática nueva como es la vinculada a la industrialización. Seguramente, antes que una obra de héroe colectivo ésta es una novela que busca presentar a una protagonista en la que prevalecen las contradicciones y reacciones personales sobre cualquier defensa de tesis ideológicas, pero inicia un camino que, posteriormente, transitarán otros novelistas contemporáneos²⁵.

4. UNA MIRADA DE BLASCO IBÁÑEZ SOBRE EL TRABAJO INDUSTRIAL

La segunda novela que va a examinarse aquí es *El intruso* (1904), de Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). Calificado, en ocasiones, como realista rezagado, interesa destacar que esta obra se enmarca, también, dentro de la estética naturalista a la que, como se ha visto, se adscriben otros textos mencionados a lo largo de estas páginas, integrándose dentro de la serie que el propio autor denominó novelas sociales, de

sus interpretaciones han sido formuladas a base de observaciones empíricas y que no ha compuesto la novela partiendo de nociones preconcebidas o *a priori*".

²⁴ "La doble intencionalidad de la obra -apología del feminismo y concienciación de un sector marginado- priva a la reivindicación de este último de un mayor peso específico, así como de un impacto más fuerte en el lector que de haber sido su temática y finalidad más unitarias y monolíticas (...) Todo ello, empero, no es obstáculo de entidad para considerar a *La Tribuna* como un jalón importante en la toma de conciencia y a la vez de posiciones por parte de los integrantes de la gran novela española del XIX ante la llamada por aquel entonces antonomásicamente «cuestión social»": S. MIRANDA GARCÍA, «La cuestión social en la novela española del XIX: *La Tribuna* (1882), *La Espuma* (1891), *El intruso* (1904)», en AA.VV., *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales (Actas de los IV Coloquios de Historia)*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, p. 104.

²⁵ "El proletariado no es en *La Tribuna* un concepto abstracto o un protagonista colectivo, sino una heroína que sólo acaba decantándose por la reivindicación proletaria cuando se ve definitivamente frustrada en su propósito amoroso y de ascenso social por el matrimonio (...) La Pardo Bazán no penetró en la entraña del movimiento ni se mostró como una definidora importante de él. La pluma naturalista recogerá con verismo situaciones y actos de la vida real del proletariado coruñés, pero sin que sólo muy excepcionalmente podamos descubrir tras la descripción un espíritu realmente inquieto o desazonado por la confrontación social, sus causas y secuelas": S. MIRANDA GARCÍA, *op. cit.*, pp. 106-107.

tendencia o de rebeldía publicadas entre los años 1903 y 1905 y a la que pertenecerían, igualmente, *La catedral*, *La bodega* y *La horda*²⁶.

La acción novelesca se sitúa en Bilbao y en los montes mineros próximos de Triano, Gallarta y La Arboleda en torno al año 1903. De hecho, el enfrentamiento entre tradicionalistas y obreros con el que concluye la obra sucedió en realidad el 11 de octubre de dicho año, durante el desarrollo de una importante huelga general. En esta obra, se ha recalcado, Blasco Ibáñez nos coloca frente a un obrerismo adulto: “Aquí ya no hay nada germinal o infirme, sino maduro e impetuoso. La ficción literaria es copia fiel de la realidad. A pesar de sus dotes imaginativas, Blasco casi se limitaría en muchas páginas de *El intruso* a levantar constancia de hechos verdaderos, a ser notario fiel de la situación de la clase obrera bilbaína en la fecha crucial de 1903”²⁷.

Esquemáticamente, puede decirse que los tipos sociales más destacados que aparecen en la obra serían los siguientes²⁸. En primer lugar, la burguesía industrial encarnada en el personaje de Sánchez Morueta, empresario que ha triunfado económicamente con las explotaciones mineras y con la creación de altos hornos. El asfixiante clima de beatería y religiosidad que impulsan a su alrededor su esposa y su hija con el apoyo de los jesuitas y que conducirá a la progresiva transformación del industrial, constituye el hilo conductor de la narración: frontalmente anticlerical, el escritor identifica al clero como intruso, en la personificación del padre Paulí. En tercer lugar, aparece la figura del profesional liberal comprometido, el doctor Aresti, primo del empresario, de quien se irá separando paulatinamente. Finalmente, los trabajadores de la

²⁶ Opina, sin embargo, P. GIL CASADO que “la plasmación de lo social es esporádica e insuficiente a todas luces”, acogiendo un tema “más bien anticlerical (a lo Pío Baroja) que puramente social”: *La novela social española (1920-1971)*, cit., pp. 82-83. De cualquier forma, para Blasco Ibáñez, parafraseando la metáfora stendhaliana del espejo, “la novela es la realidad vista por un temperamento” y postula el carácter social de la novela contemporánea al haber cambiado totalmente el valor de los sujetos novelables: *vid.* sintéticamente sus reflexiones sobre la función de la novela en la sociedad moderna en R. REIG ARMERO, *Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid, Espasa Calpe, 2002, pp. 106-107.

No puede dejar de apuntarse la relevancia que concedió Blasco a los temas rurales, no sólo en su ciclo de novelas valencianas sino, también, en una novela social tan emblemática como es *La bodega*. A propósito del mundo del trabajo rural y del campesinado en las primeras, *vid.*, de forma específica, E. SEBASTIÀ DOMINGO, *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibáñez. Proletariado y burguesía*, Valencia, UNED-Fundación Instituto Historia Social, 2000.

²⁷ S. MIRANDA GARCÍA, «La cuestión social en la novela española del XIX...», cit., p. 110, donde da cuenta del viaje llevado a cabo por el novelista a Bilbao antes de la redacción del libro el año siguiente. Años más tarde, el novelista Julián Zugazagoitia recuperará estos episodios para su obra *El asalto* (1930).

²⁸ Advierte J.L. ALBORG de que se malentendería la novela si se pretende ver a sus personajes como símbolos o meros representantes de una determinada ideología o actitud frente a la sociedad: “A Blasco, en esta novela, los personajes le han brotado de una realidad que desborda por todo el libro”: *Historia de la Literatura Española*, tomo V (*Realismo y naturalismo. La novela*), parte III (*De siglo a siglo*), Madrid, Gredos, 1999, p. 661.

minería y de la siderurgia, representantes del proletariado industrial y también intrusos en el mundo tradicional que la ideología nacionalista ha comenzado a mitificar²⁹; en general, aparecen en la obra como un grupo compacto y sin nombres propios, de quien se dan noticias en bloque a través del doctor Aresti, “que es el que aporta los ojos por donde ve el narrador. Un narrador que, al lado del médico, acoge con entusiasmo el protagonismo histórico, ascendente, de la organización obrera, paralelo al protagonismo económico de la burguesía de Bilbao, contemplada con objetividad, desde su estado de rudeza actual, fruto de las condiciones de vida y trabajo (capítulo I), en el proceso de mejora de su organización hasta la batalla final”³⁰.

Cabe indicar que, sin duda, en *El intruso*, nos encontramos con una amplia variedad de referencias al mundo del trabajo industrial y a los conflictos obreros. También de forma sintética, en su estructura podemos identificar los siguientes temas que, en general y por razones de espacio, me limito a apuntar. Así, dentro del capítulo I, junto a la cuidada descripción del panorama y del paisaje industrial, resulta de gran interés la plasmación de condiciones de vida y trabajo en la mina, con referencias a la inmigración -“No era del país; debía ser *maketo*, de los que llegaban en cuadrillas de Castilla o de León, empujados por el hambre y atraídos por los jornales de las minas”-, los accidentes de trabajo, los barracones y las cantinas. Igualmente, destaca la presentación efectuada de los personajes del médico y de los contratistas de minas.

Ha de tenerse en cuenta que se trata de explotaciones mineras a cielo abierto, que no requerían una mano de obra tan especializada como en el caso de la minería subterránea³¹. A ello hace referencia el novelista cuando presenta dicha circunstancia como el mayor problema para los trabajadores rebeldes, dada la facilidad de sustitución de los mismos, sin olvidar la gran siniestralidad existente. En este sentido, después del recuerdo de la catástrofe colectiva que había tenido lugar unos años antes a

²⁹ Si intruso es el jesuita y, con él, la Compañía en su conjunto, también lo son “todos los forasteros, los *maketos*, gente pobre de todas las regiones de España, que acuden a la región bilbaína al señuelo de sus minas y sus industrias, con la esperanza de mejorar su suerte, pero de hecho para hundirse en otro género de esclavitud. Los naturales de la región, con su espíritu regionalista y su arraigada religiosidad, ven a aquellos intrusos como invasión de gente extraña, irreligiosa, socialmente indeseable, peligrosa, creadora de constantes problemas y protestas, hostil, por tanto, aunque le sea indispensable para su industria”: J.L. ALBORG, *op. cit.*, p. 662.

El recelo del mundo nacionalista -tanto rural como industrial-burgués- frente al proletariado inmigrante en la época lo va a plasmar magistralmente un siglo más tarde el novelista vasco Ramiro Pinilla en su trilogía *Verdes valles, colinas rojas* (2004).

³⁰ B. DELMIRO COTO, *Literatura y minas en la España de los siglos XIX y XX*, Gijón, Ediciones TREA/Fundación Juan Muñiz Zapico, 2003, p. 134.

³¹ *Vid.* una interesante descripción en C. URDANGARÍN ALTUNA y J.M^a. IZAGA REINER, *Quince oficios mineros*, Bilbao, Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos de Minas del País Vasco, Navarra, La Rioja y Soria, 2002.

consecuencia del derrumbe de una cantera, se lee: “Las desgracias en esta explotación penosa que gastaba las vidas de muchos miles de hombres superponíanse unas a otras con frecuencia, ocultando y desvaneciendo las anteriores. Un día, las vagonetas, al chocar unas con otras, aplastaban a un obrero; otro día saltaban de los rieles al bajar por el plano inclinado, cayendo sobre un grupo laborioso que no recelaba la muerte traidora que llagaba a sus espaldas. Los barrenos estallaban inesperadamente, abatiendo los hombres como si fuesen espigas”³².

La precariedad del caserío de Gallarta se nos muestra en la descripción de la calle principal, “una cuesta empinada y pedregosa con dos filas de casuchas que ondulaban ajustándose a las sinuosidades. Eran míseros edificios construidos con mineral en la época que éste era de menos precio; gruesos paredones agujereados por ventanucos y con balcones volados que amenazaban caerse. Los pisos superiores eran de maderas carcomidas”. Pero eran peores las condiciones de los barracones, “el miserable albergue de las montañas mineras, donde se amontonan los jornaleros”, “tugurios, que olían a rancho agrio, a humo y a «perro mojado»” cuyos tabiques de madera “eran de un amarillo viscoso, como si las tablas trasudasen de una pieza a otra la suciedad y la mugre de los habitantes”, infestados de parásitos y “el aire estancado bajo un techo que podía tocarse con las manos hacía irrespitable a las pocas horas, espesándose con el vaho de tantos cuerpos, impregnándose del olor de suciedad”.

Un aspecto muy interesante es la denuncia del sistema de cantinas obligatorias, que volverá a aparecer en el capítulo IX y que dio lugar a la huelga de 1903. Blasco ofrece una detallada pintura de uno de estos establecimientos y, en el diálogo posterior con el capataz y cantinero, recoge algunas de las críticas más frecuentes contra el régimen del *truck* en boca del médico: “Tú eres un ladrón, que vendes a los obreros los artículos averiados que no quieren en Bilbao y se los haces pagar doble o triple que en la villa (...) Los pobres peones no tienen libertad para comprar el pan que comen. Al que no viene a tu tienda le quitas el trabajo en la cantera (...) Tú robas al trabajador en lo que

³² “El relato de las condiciones de vida de la zona obrera es, ante todo, profundo. Blasco Ibáñez no sólo las describe, sino que las interpreta, ahonda en sus causas y en las variadas formas que adoptó la opresión sobre los mineros, así como en las diversas actitudes que éstos tenían, en función de sus experiencias y expectativas”: M. MONTERO GARCÍA, «Tensiones políticas y sociales en Vizcaya a fines del siglo XIX y comienzos del XX. El contexto histórico de *El intruso*» (Prólogo), en V. BLASCO IBÁÑEZ, *El intruso*, Ediciones de Librería San Antonio, Barakaldo, 1999, p. 10.

En el mismo sentido, indica R. REIG ARMERO que Blasco poseía, como es reconocido por todos, una capacidad formidable para fotografiar la realidad y extraer de ella los datos relevantes: “El cuadro que nos ofrece es de una fidelidad a los hechos tan objetiva y precisa que puede ser tomado como uno de los mejores documentos de la época” (*op. cit.*, p. 111).

come y en lo que trabaja, descontándole siempre algo del jornal. Tu amo y protector te ayuda a mantener esta esclavitud no pagando al obrero semanalmente, como se hace en todas partes, sino por meses, para que así tenga que vivir a crédito y se vea obligado a comer lo que queráis darle y al precio que mejor os parezca”. Como es sabido, no fue hasta 1907 cuando, por medio de un Real Decreto de fecha 18 de julio, quedaría prohibido “el establecimiento de cantinas que pertenezcan a los patronos o a representantes suyos en las fábricas y explotaciones”, regulándose el pago del salario en moneda de curso legal.

En el capítulo II, además de nuevas referencias al paisaje industrial, ahora en la panorámica trazada de los altos hornos de fundición y de los descargaderos de mineral situados en la ría, con su tráfico marítimo, hace una breve aparición el trabajo femenino en los muelles: “Veíase el incesante ir y venir de las cargueras, míseras hembras de ropas sucias y cara negra, pasando y repasando como filas de hormigas por los tablones que servían de puente entre los buques y el muelle. Unas llevaban sobre la cabeza la cesta llena de carbón; otras descargaban los fardos de bacalao, apilando en gigantescas masas el alimento del pobre que había de ser consumido en el interior de la Península”. El trabajo de las cargueras es anterior a la implantación de la industria siderúrgica y poseía ya una cierta tradición en una ciudad de tanta actividad comercial como Bilbao. Se trataba de un oficio que pasaba de madres a hijas y que reglamentaba la corporación municipal. Trabajo duro y peligroso, la imagen descrita por el novelista refleja perfectamente tales circunstancias³³.

Por su parte, en el capítulo III trae a colación Blasco Ibáñez la dialéctica ideológica en las alusiones a la doctrina social de la Iglesia, socialismo, nacionalismo y *maketismo* contenidas en los diálogos entre Aresti y Urquiola, además de referencias al ahorro y a la división capital-trabajo. Mayor plasticidad ofrece el capítulo IV, que incluye una magnífica descripción de los altos hornos en la visita que efectúa el médico acompañado por el ingeniero Sanabre. Después del recorrido por las instalaciones auxiliares, con una nueva pincelada sobre el trabajo femenino, ahora en el triturador de carbón, -“donde trabajaban las mujeres entre una nube de polvillo, que les cubría la cara, dándolas un aspecto de miseria grotesca, con la boca llorosa, y los ojos enrojecidos

³³ “Los accidentes eran muy frecuentes, sobre todo porque el paso del navío a tierra se realizaba a través de una estrecha tabla, con el consiguiente riesgo de caídas que podían llegar a tener fatales consecuencias (...) Las cargueras, mujeres de todas las edades, soportaban enormes pesos sobre sus cabezas ... y no era raro ver a alguna de ellas buscando el equilibrio entre la mano que agarraba la cesta y la otra que sostenía a una criatura”: N. ARESTI ESTEBAN, *Las trabajadoras vizcaínas (1870-1936)*, Bilbao, BBK, 2006, p. 54.

en medio de su máscara negra”-, el novelista no escatima detalles técnicos en el relato sobre el proceso de fabricación del acero -carga de los hornos, obtención de la colada, funcionamiento de los convertidores, laminación- y, especialmente, sobre el quehacer de los trabajadores siderúrgicos: “Aresti admiró a los trabajadores, que estaban allí como en su casa, habituados a una temperatura asfixiante, moviéndose como salamandras entre arroyos de fuego, enjutos, ennegrecidos lo mismo que momias, como si el incendio hubiese absorbido sus músculos, dejándoles solamente el esqueleto y la piel. Iban casi desnudos, con largos mandiles de cuero sobre el cuerpo cobrizo, semejantes a esclavos egipcios ocupados en un rito misterioso. Sus miembros estaban expuestos al chisporroteo del hierro, que volaba en partículas de ardiente araño. Algunos mostraban las cicatrices de horribles quemaduras”. Y, algo más adelante, el médico volverá a mirar a los obreros, “negros y recocidos es aquella temperatura de infierno, atolondrados por el ruido ensordecedor, sudando copiosamente, teniendo que remover pesadísimas masas en una atmósfera que apenas permitía la respiración” y pensaba en cuál sería su actitud si se viera condenado “por la fatalidad social a una labor que embotaba los sentidos y parecía evaporar el cerebro en su ambiente de fuego”.

Refleja también Blasco el descontento social: “En las minas y en las fábricas todos los que trabajaban sentían un sordo rencor, una ira reconcentrada, un anhelo irritado de justicia, como si a todas horas fuesen víctimas de un robo audaz de un despojo inhumano (...) Todos habían presenciado el despertar de la riqueza y habían tomado parte en él. Era cosa suya; y más que la miseria, les atormentaba el sufrimiento moral de la desigualdad”. Y, además de ciertas manifestaciones del anticlericalismo, se describe el fenómeno de la prostitución, que se concentraba en los barrios altos de la villa, preferentemente. El gran aumento de esta actividad como consecuencia del proceso industrializador, que disparó tanto la oferta como la demanda, impulsó una política de reglamentación dirigida a la vigilancia y control, de la que es buena muestra el Reglamento de Higiene Especial del Ayuntamiento de Bilbao aprobado en 1894³⁴.

Por último, en los capítulos VIII a X vuelven a aparecer los temas de la justicia social y del anticlericalismo, de las cantinas y, especialmente, se presentan diversas agitaciones y protestas, que culminarán en el enfrentamiento final de la obra, como ya se señaló.

³⁴ *Vid.* una descripción de su contenido en N. ARESTI ESTEBAN, *op. cit.*, pp. 108 y ss.

Se ha dicho que *El intruso* es la gran novela del despegue minero e industrial que tiene lugar en Vizcaya en el tránsito del siglo XIX al XX³⁵. Se trata de un retrato de la vida en Bilbao y en la zona minera e industrial correspondiente a un momento crítico y decisivo de su historia: “Quizás fue el instante más crucial, el del inicio de la modernización económica y social, con todas sus secuelas en las transformaciones bruscas de las formas de vida: la creación de un proletariado sujeto a condiciones lacerantes, la formación de una nueva clase burguesa orgullosa de su poder, las reacciones de la sociedad tradicional que tuvo que adaptarse a unas novedades que le resultaban inquietantes”³⁶.

Y, dentro del rápido repaso hasta aquí realizado, puede afirmarse que *El intruso* constituye el último y más evolucionado peldaño en el proceso de aproximación, por parte de la novela realista española, a la problemática del trabajo y del conflicto industrial. En efecto, si se consideran algunas de sus obras más relevantes, cabría concluir que, mientras que en *La Tribuna* se muestra y denuncia la injusticia social, retratando a los oprimidos pero ocultando prácticamente a los causantes de aquélla, y en *La espuma* éstos salen a la luz pero el resentimiento del proletariado no expresa colectivamente, en *El intruso*, por el contrario, “el obrerismo vasco ha llegado a su madurez; ha superado con creces los estadios iniciales y como clase social concienciada y cohesionada sabe que nada se le va a dar graciosamente, que la lucha es el único camino abierto para sus reivindicaciones”³⁷. Retrato en parte distorsionado de la Vizcaya de comienzos del siglo XX, sin embargo es el más preciso y vívido que la Literatura del momento nos ha brindado: no es una obra neutral, pero tampoco es un texto sectario y, probablemente, es también más que una novela³⁸.

³⁵ M. MONTERO GARCÍA, *op. cit.*, p. 9.

³⁶ *Ibidem*, donde se concluye que “con mayor o menor intensidad, todo está aquí, en *El intruso*, una novela que explica cómo nació y se desarrolló una época convulsa, en la que el progreso económico no siempre se traducía en mejoras de las condiciones de vida. Al menos, no para todos”.

³⁷ S. MIRANDA GARCÍA, «La cuestión social en la novela española del XIX...», *cit.*, p. 114.

³⁸ M. MONTERO GARCÍA, *op. cit.*, p. 10. Como indica R. REIG ARMERO, “el poder de convicción de *El intruso* no se basa en el tremendismo, sino en un análisis social y político extremadamente lúcido”: *op. cit.*, p. 113.